

Periódico de propaganda
del PARTIDO CATÓLICO NACIONAL

CON CENSURA ECLESIASTICA

Costea lo por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

Ese es el enemigo

Ya lo señalamos bien distintamente en los momentos más culminantes de la pasada lucha electoral. Y por sí nuestro dicho no tuviera, que sí lo tiene, la validez de cosa juzgada, ha venido el tiempo a confirmarlo, con el abrumador testimonio de los hechos.

Sobre trescientos cincuenta Diputados asigna el resultado final de las últimas elecciones a las derechas, desorganizadas y podridas banderías del liberalismo moderado. Sí; tal ha sido el fruto obligado de los conciertos y convenios, entre todos aquellos, que por disponer aún de la mayoría o casi totalidad de los resortes oficiales del poder, y tener a su servicio y a disposición a esa categoría de serviles aduladores que en la vida pública renunciaron su propio apellido por usar el extraño y trocaron la dignidad personal por la dádiva, la merced e el favor, han tenido el descoco, la osadía y desvergüenza, de aspirar y conseguir los puestos en que tanto se desacreditaron; desde los que a mansalva fraguaron en tantos años nuestra ruina y decadencia política, social, religiosa y económica, y de los que fueron arrojados a escombros, con aplauso unánime de toda la legítima y verdadera Nación Española, como decíamos no há mucho, por el Poder Moderador. Y ya aquí, sin otro recurso a nuestro alcance que soportar su gestión, hasta donde Dios, la Nación, y nuestras fuerzas consientan; ocupémonos al menos, y aunque sea muy a la ligera, en desenmascararlos y darlos a conocer, a fin de que, asqueados de su proceder y conducta, esos mismos, que les sirven de pedestal y merodean a su sombra, les hagan el vacío, y se adhieran en cambio a cuántos luchamos por las inmarcesibles glorias de nuestra Religión y de nuestra Patria.

Sí; el liberalismo moderado, y nadie más que él, con todos sus adeptos, es el enemigo; y el mayor y más funesto de los enemi-

gos que pesan sobre nuestra Religión santa y sobre nuestra amada Patria. No cabe dudarlo. Ese conglomerado de hombres, que en frase de ellos, son tan católicos como sus padres o como el Papa, y tan liberales como su siglo, esos son los que forman ese abigarrado conjunto, que a sí mismo se titula liberalismo moderado, y que es, por sus múltiples e indefinidos matices, una mezcla endemoniada de catolicismo y liberalismo, que solo se prestan a estar unidos y confundidos en una misma persona, a condición de estar y vivir en perpetua lucha.

No preguntéis por sus nombres, por más que poco o nada les ofenderíamos con publicarlos, toda vez que ellos mismos así se llaman y de tales blasonan. Pero no obstante: para nosotros son sagradas e inviolables las personalidades y las intenciones; y bajo esta norma, prescindimos en absoluto de unas y otras: ¡ya las juzgará Dios! concretándonos a deplorar estas en nuestro fuero interno.

Demasiado y por desgracia las pregona y publica la historia contemporánea, al publicar sus hechos, y muy segura e infalible norma de juicio es la sentencia del Espíritu Santo, cuando dice: *Ex fructibus eorum, cognoscetis eos. Por sus frutos los conoceréis!*

Tome nota el lector, quien quiera que sea, de los nombres que ellos mismos se asignan y de las obras que han amontonado, en más de un siglo, en la historia española.

Comencemos por aquel primer grupo de los católico-liberales, que son propiamente designados con el nombre de mestizos. Estos, son por lo común el prototipo de los pios y de los místicos; y en justicia, no pueden llamarse liberales; pero como resabiados de liberalismo, aunque son católicos *per se*, por su amor y sumisión a la Iglesia, resultan liberales *per accidens*, por sus contemporizaciones y componendas con los del bando contrario. Y estos son, por

ésta misma razón, los peores enemigos de la Iglesia y de la Patria.

De aquella, porque al transigir con el liberalismo, para, según ellos, evitar mayores males, por aquello de la hipótesis, por quitar al lobo un pelo, y mil zarandajas más, concluyen siempre por mermar los derechos de la Iglesia, en las leyes y en la vida social. Y de esta, porque en realidad de verdad son solo adoradores de su propio feto, y no tienen más fin, no persiguen otra mira, que el satisfacer su propia personal ambición, sin cuidarse para nada del enorme daño que causan, por su excesivo egoísmo; que vive y medra, tal vez sin pensarlo ni darse cuenta de ello, a expensas y con perjuicio de la Patria y de sus semejantes.

Sigamos por esos, que a sí mismos se llaman católicos liberales; y que en verdad son menos católicos y más liberales que los anteriores. Estos no quieren dejar de ser tenidos por católicos y respetados como prototipo de honradez social; y a la vez blasonan y se jactan de liberales, reclamando su parte de mérito, por su intervención y ayuda, en las conquistas modernas: son los principales causantes de cuantos males lamentan hoy muchas naciones, y quizá y sea quizá más que todas nuestra pobre y empobrecida España; y siempre concluyen, con capa de amigos, y so pretexto de mal menor, por engañar a la Iglesia, para que se deje arrebatar, una a una, todas sus prerrogativas y derechos, para entregarla, mandata y maltricha, en las garras del poder civil.

Avancemos cerrando para no hacernos cansados, por esos campos multicolores, aunque de idéntico tono, del liberalismo moderado, y en ellos encontraremos casi tantos grupos como individuos; tal es la abigarrada disparidad que hay en ese campo de perpetua confusión! En él, hay infinitos numeradores, bajo su denominador común que es: el blasonar, alardear y jactarse de ser libera-

les, y no permitir que se les deje de llamar y tener por católicos... ¡Horrible contradicción!

Así tenemos en él, a los conservadores netos y a los liberales puros; a los conservadores-liberales y a los liberales-conservadores, que no es lo mismo, puesto que son distintos grados, dentro del mismo género; a los liberales-demócratas y a los reformistas; y según las últimas hornadas, a los mauristas, cervistas, dalistas, prietistas, romanonistas, albigistas, y mil istas más, que dentro de la familia común, que los distingue y señala como liberales, apenas si tienen otra particularidad, que la de su propia soberbia, pues están tan engreídos de sí mismos que quieren supeditar a los demás a los moldes y antojos de su personalísimo respectivo criterio. De ahí los nombres y calificativos con que se distinguen.

Y ya, ante éste acerbo montón de hombres, opiniones y cosas, no cabe preguntar por sus obras, si por sus diferencias, pues aquellas y éstas son el más o el menos de los principios liberales y la mayor o menor contradicción, en sus escritos, para aceptar o rechazar las lógicas consecuencias que de ellas se derivan.

Así tenemos, los hombres de la doble personalidad, pública una y privada la otra; según lo cual y sus grados, encienden una o más velas a Dios, y no manan al Diablo. Hay unos, que tienen capellán y altar en casa; otros que oyen misa a diario y llevan vela en las Cofradías; y los más, sólo los que rezan a diario. Y conste que en esto, les aplaudimos y celebramos; así como pedimos a Dios, que éstas cosas les sirvan de medio y motivo, para arrepentirse, convertirse y salvarse.

Pero a la vez deploramos y detestamos, de ese empeño ciego y obstinado, de acrecer cada día más la respectiva cantidad de liberalismo; consistiendo y conyugando a encerrar en moldes cada vez más estrechos a la Iglesia y desamparando a su